

Las soledades de Yovanovich/ José Antonio Rodríguez.

Soledades ciertamente, pero también súplicas verbales al vacío; fragilidades de vidas rotas ahora expuestas; pesadillas personales en eterno retorno según pasan las imágenes; oscuridades en continuo en donde se sumergen y emergen esas laceradas-expandidas-arraconadas-desnudas siluetas femeninas. Y las máscaras de rostros fieros, transformados hasta el cadáver fantasmal que surge de ese oscuro mundo de imágenes cambiantes, alargadas como las sombras de sus protagonistas. Es *Soledades sonoras*, última exposición/instalación/confrontación/lamentación hasta ahora de Vida Yovanovich, una de nuestras fotodocumentalistas que siempre está en permanente fuga de la exhibición tradicional del fotodocumentalismo (fuera marco, fuera paredes; bienvenida la expansión del cuadrángulo a los ámbitos de la sala). Ahora creando microuniversos individuales que literalmente se caen como las propias vidas que representan. He aquí los terrores personales en reclusión hasta lo sombrío.

Muy lejos de varios colegas suyos de generación que todavía conciben como intocable, que quiere decir inalterable, al fotodocumento (¡no intervengas, sé objetivo, no lo cortes!), Yovanovich va más allá del esquematismo del cuadrángulo de la foto hasta su transformación en ideas expuestas con nuevo formato. Mucho de ello comenzó a verse en su exposición *Vida Yovanovich, fotografías* (Galería Kin, 1993) en donde con fotomontajes de medio formato comenzó a crear esos espacios de persistentes soledades, en donde los personajes que por ahí cruzaban apenas eran fugaces presencias a punto de desaparecer, lo que una década después llevaría hasta el refinamiento; o su tristísimo como desangelado canto de adiós que logró con *Gastado el tiempo* (Centro de la imagen, 1998), una sugerente instalación de atmósfera mortecina donde el espectador transitaba por la vida en solitario de una anciana, un frío círculo de vacío que el visitante siempre tenía que abandonar por donde entró; o *De frente* (Museo del Chopo, 1998), en donde la propia Yovanovich veía transcurrir frente a sí su inexorable tiempo; o su libro-suma *La cárcel de los sueños* (Casa de las Imágenes- Fonca, 1997), en el cual la ancianidad se descarnaba en angustiantes y fantasmales efigies de la decrepitud. Puras soledades.

Defensora acérrima de las batallas perdidas (contra el tiempo, contra la muerte, contra la justicia carcelaria), Yovanovich ha creado con su obra un fresco de lo doliente en donde incursionan todos aquellos seres algunas veces figuras de tiempos mejores y

ahora en reclusión propia o impuesta. En ese sentido, *Soledades sonoras* se vuelve un documento exponencial de los sufrimientos internos. De esos cuerpos aislados, cuerpos femeninos vueltos penumbras apenas sugeridos, espectros con voz que narran desde la propia cárcel sus historias de lamentos (“los encontré a los dos haciendo el amor en mi casa... y la verdad le di unos cuchillazos a la chava, se echaron a correr... nunca volví a ver a mis hijos”), o sus débiles pasiones (“soy algo especial en la cama... el que me prueba repite”), o sus amores perdidos (“lo agarré dormido... no sé si lo volvería yo a hacer... pero si ya está hecho... perdí el control y lo hice... es muy feo cargar con un muerto”), o sus angustias (“sí le pegaba, pero era por su bien no por mi bien”).

Imágenes en proyección transversal que hacen que todo se caiga; proyecciones acordes con las angustias de sus participantes; cuerpos fugaces que reaparecen para volver a desaparecer en un ámbito de negro profundo; figuras borrosas de cuerpos que sólo son eso, pura sombra; manos suplicantes que cruzan las imágenes como los mismos espectadores que se vuelven sombrías siluetas participantes de esas oscuridades envolventes, de esas luminosidades en gris. Puras jodidas soledades, en continuo regreso.

(Vida Yovanovich. *Soledades Sonoras*, Centro de la Imagen, Plaza de la Ciudadela 2, Centro.)

RODRÍGUEZ, José Antonio. “Las soledades de Yovanovich”. *El Financiero*, 27 de enero de 2005, p. 39.